

Los asuntos de un cronista mayor

JORGE GARCÍA USTA

*En este libro de Alberto Salcedo Ramos titulado **De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas**, el autor hace honor a la tradición de los periodistas de la costa atlántica a la que pertenece. Jorge García Usta, escritor cartagenero, nos da las claves para valorar este estilo de hacer periodismo narrativo.*

El periodismo colombiano es, en buena parte, el síntoma más elevado de uno de los retrocesos culturales más notables de la segunda mitad de este siglo: han renacido, en medio de la insípida banalidad, las arcaicas divisiones entre grandes y pequeños personajes. El tema político, en forma comparable con lo ocurrido durante el período de la premodernidad periodística nacional, ocupa los espacios más visibles de la difusión, creando o reviviendo engolados héroes. Áridos y enconados discursos sobre la moral pública y las buenas costumbres sociales, a cargo de políticos y de columnistas que se mueren por ser políticos profesionales, le conceden a no pocas páginas el privilegio del tedio bien escrito. Muchos de los columnistas más leídos permanecen atrapados gozosamente por las redes del tema del poder, por sus bulliciosas ficciones, sus ángulos planos y sus incontables y muchas veces triviales alimentos de la actualidad, y muy poco por las costumbres, las mentalidades y los signos culturales diferentes. La trampa es perfecta: no solo las figuras famosas del mundo internacional – sus bebetas, procacidades, adulterios o naves – sino los políticos, empresarios, cantantes y actores del mundillo colombiano, le quitan el espacio a casi todo. Se trata de un vodevil interminable, de la más celebrada e inadvertida de las groserías parroquiales. Y por allí ya no cruza la vida.

La visión centralista ha alcanzado una dimensión delirante, que desconoce el valor nacional de las singularidades, los personajes y los temas regionales, y se convierte, de un lado, en un surtidor de repulsivos textos paternalistas y de *chéveres* aunque cansonas gacetillas de costumbrismo urbano, y de otro, en un permanente y callado germen de inhumanidad cultural, que no ayuda a revelar el cuerpo de la nación, ni a brindar un conocimiento esencial de sus muchas realidades, esa masa aún incógnita de pesares y bellezas.

Este libro de crónicas y reportajes de Alberto Salcedo es una fresca, inteligente y autorizada rebelión contra la mayoría de estos prestigiosos espantos contemporáneos.

La actualidad parece a veces no una necesidad oficiosa de la prensa sino una tabla de salvación que le ahorra al periodista el esfuerzo de la imaginación y la eficacia. Las historias humanas que alcanzan el privilegio de la publicación siguen siendo escasas, desaprovechadas. Y en buena parte de las veces, parecen escritas por politólogos o editorialistas en trance de vacacionar un poco fuera de sus predios magníficos. De tres historias que prometen ser crónicas o reportajes de aliento, dos terminan deformadas en análisis raso o croniquetas efectistas. El periodista está más cerca del gran poder que nunca.

No tiene mucho interés en *contar*, tarea subalterna del reportero revolucionario que interpreta, recompone y dialoga con el horizonte de las cosas y los seres, mostrándolos en la intensidad de un tiempo esencial, abriendo el mundo con la revelación incómoda, la emoción inesperada o el héroe de la orilla desconocida.

Lo que quiere es opinar siempre, oficio distinguido de la eminencia editorial y paliativo personal en la evidente *crisis de conciencia* de los intelectuales frente al gigantesco drama nacional. El saludable ventarrón del periodismo de investigación - encabezado por Daniel Samper, Alberto Donadío, Silvia Galvis - sin querer, menguó por un tiempo las proyecciones históricas del *periodismo de aire libre* o *periodismo a secas*, como gusta en llamarlo Castro Caycedo, en cuanto que no era la investigación de fiscalización judicial solamente, sino la aventura de la historia. Periodismo que fue practicado, por ejemplo, por el mismo Castro Caycedo, Juan Gossain y Henry Holguín, entre otros, a finales de los sesenta y principio de los setenta. De este periodismo se ha pasado a la época del *Divismo*.

La tradición de la crónica y el reportaje modernos desde luego no comenzó ni con García Márquez ni con Cepeda Samudio, aunque halló en ellos, como en Rojas Herazo, estupendos continuadores. Nombres como Luis Tejada, Clemente Manuel Zabala, Antonio J. Olier, Jaime Barrera Parra, José Gers, José Mar, Felipe González Toledo, Germán Pinzón, Rogelio Echavarría, entre algunos otros, comienzan a tomar, poco a poco, el lugar que merecen dentro de otra historia de mentiras, la de los procesos renovadores del periodismo colombiano.

El modelo de periodista de los sesenta y setenta logró ser el investigador sustantivo y vertical o el imaginativo y detallista reportero de calle —dos tipos profesionales extraordinarios—. El de hoy es el presentador de televisión que sólo en muy pocos casos es un periodista sensible.

El frenesí mediático de lo *light* en Colombia, a diferencia de buena parte del periodismo televisivo de Europa, quiere empaques confortables y tranquilizadores, pero, sobre todo, seductores. Pasamos de las reinas de belleza como presentadores a los actores y actrices de televisión. ¿Qué más nos traerá el ahora sí, de verdad, impredecible futuro? La onda del espectáculo provoca una deformación frontal entre muchos jóvenes periodistas, que ya no quieren mirar, con sabrosura, hacia el reino de la calle. La tribu no escucha cuentos completos, acabados, intensos. A pesar de los fuegos fatuos, las noches son más largas. La memoria peligra.

En ese ambiente que apenas he boceteado aparece este libro de Alberto Salcedo. Una rebelión estupenda, como ya dije, producto exclusivo del trabajo, el rigor y la paciencia, de la destreza profesional, la visión notable y la insurgencia del ánimo. Aparece ligado a una nueva, entrañable y aún pequeña pero significativa corriente de nuevo —o distinto— periodismo, de la que podrían hacer parte el mismo Castro Caycedo, Juan José Hoyos, Carlos Sánchez Ocampo, Alonso Salazar, Heriberto Fiorillo, Alfredo Molano, Héctor Rincón, Eligio García, Arturo Alape, Fernando Garavito, Antonio Morales, Ernesto McCausland, Silvia Duzán (fallecida), Pedro Badrán, Pedro Nel Valencia, Rafael Baena, Reynaldo Spitaleta, Ramón Jimeno y

Gustavo Tatis, entre algunos otros. Este movimiento, muy diverso en las influencias ideológicas y sobre todo en las opciones temáticas de sus cultores, en sus propias nociones del oficio, en sus ideas personales del lenguaje periodístico, es una de esas esperanzas que pueden conducir a conocernos más y mejor, ya no desde al aullido político del comentarista sino desde la oferta de la inteligencia emocional y lírica de la crónica y la experiencia poética del reportaje.

Algunas de las características de la obra de Salcedo son una mirada profunda, de tonos mezclados —una especie de prisma lujoso—, alejada de todo encandilante pintorequismo, todo sensacionalismo epidérmico o magia subsidiaria, sobre la realidad de los seres humanos; un evidente compromiso profesional que hace ver el oficio como una interpretación ética pero al mismo tiempo muy hábil y muy veloz de las realidades; una eficiente y muchas veces novedosa aplicación de técnicas que hace rato dejaron de ser privilegios o prejuicios de lo literario; una búsqueda del eje escénico como dinamizador de la estructura del texto y apuesta central del periodista; una intensa y también ética vigilia de las excelencias de la forma, y un oído y un ojo diestros que permiten leer la oralidad agresiva o reveladora, el entorno dramático y el verdadero fondo vital de los personajes, historias y mundos, como sólo algunos pocos lo han hecho en el aún endeble ejercicio de los géneros mayores del periodismo colombiano.

Hombre ajeno por temperamento a las promociones fáciles, lector vital de literatura y periodismo, heredero de una de las conductas más creativas del

ser nacional —el ímpetu desmitificador y humanizador que poseen lo regional y lo pueblerino— Alberto Salcedo participa de esta corriente, y es dentro de ella no una promesa más sino un ejemplo bastante alto, resultado de una formación ejemplar, hecha a pulso, en contacto muy estrecho con las más ambiciosas tradiciones de la literatura y el periodismo costeño, pero también de la literatura y el periodismo universales, que ha leído con devoción pero especialmente con hambre creadora. Sus tres libros publicados: *Diez juglares en su patio* —sobre músicos populares costeños—, *Los golpes de la esperanza* —sobre las realidades humanas del boxeo— y éste, *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho y otras crónicas* —retrato del horror, el humor y el amor en un pequeño y hermoso país a fines de siglo— nos muestran a un periodista maduro e imaginativo, del que ya hay mucho que aprender.

No sólo informado sino culto ante el vértigo informativo, y opuesto a la trivialidad erigida en norma de conducta o en porción

dominical de prensa; no sólo brillante sino preciso en el uso del lenguaje, como corresponde a todo cronista que aspire a trascender en un país cercado por las últimas trampas retóricas (la prosita de bacanerías juveniles, el informe melodramático, la mirada superficial y traidora sobre las rarezas de lo marginal), Salcedo ha buscado los temas o los ha encontrado, porque sabe mirar, convivir, aprender, enseñar y contar. Estas crónicas y estos reportajes nos muestran la riqueza situacional y la diversidad vital de un país, que aún desde los dasasosiegos de la destrucción o del olvido, no renuncia a elaborar una formidable resistencia cotidiana. El cronista nos revela la existencia de una nación desgarrada pero vibrante, de unos personajes conmovedores iluminados por ángulos diversos, inesperados y precisos, y nos entrega —en virtud de una pericia técnica que impide siempre el desborde emocional o el gracioso cuadro de costumbres— un tránsito tenso, intimante, irónico y compasivo por estas vidas y estas historias, cuyos desgarramientos solares y cuyas alegrías estratégicas no nos

permiten, en mitad de la lectura, ser los mismos.

Este libro resulta, pues, una especie de catapulta muchas veces jubilosa pero también amarga de lo cotidiano, lo desamparado, lo trágico: una visión muy profunda del país —o de los países, culturas y dramas que conviven en él—.

Una visión muy profunda de ese otro país, que sucumbe o sobrevive en el desencanto del olvido, en el extraño poder simbólico de lo grotesco, en el absurdo inesperado y lacerante, y en el amor imposible y sin embargo existente.

Una vez más, en los bordes del mundo, el buen, el gran periodismo, apartándose de los negocios de la trivialidad y revelando las peripecias de esa materia sublima y menesterosa que conforma al hombre. Escribiendo la verdadera, descarnada y esperanzadora historia de las naciones.

Alberto Salcedo Ramos. *DE UN HOMBRE OBLIGADO A LEVANTARSE CON EL PIE DERECHO Y OTRAS CRÓNICAS*. Aurora Ediciones. Santafé de Bogotá, 1999.